

Buenas Noches,

Señoras y señores

Es un gusto y una alegría para mí estar hoy con ustedes, gracias por su presencia. Señores y señoras integrantes de la Fundación premio Henry Dunant, gracias por este bello, significativo e importante reconocimiento que hacen ustedes a mi labor profesional y personal.

Reconocimiento que recibo llena de satisfacción y orgullo, lo recibo en nombre de tantas víctimas anónimas y otras tantas que aun temen ser nombradas, lo recibo en nombre de otros tantos hombres y mujeres que han dedicado parte de su vida para acompañar, atender y defender a la población civil y sus derechos. Hombres y mujeres comprometidos con la causa de la dignificación de la vida humana, lo recibo con la claridad que las ideas y compromisos dados por el señor Henry Dunant, son necesarios y aún vigentes en mi país.

Lo recibo sintiéndome acompañada en la distancia por las personas, con las que, en el camino de mi vida, he podido compartir desde lo laboral y lo personal, historias, experiencias, ilusiones, y en esa suerte de nudo que nos enreda y nos acerca, cada una de ellas me ha aportado su sabiduría, su solidaridad y su paciencia.

Es por esto, que este reconocimiento se vuelve de muchos colores y olores, se vuelve urbano y rural, para niños y grandes, y se expresa en muchos idiomas, desde el balbuceo del bebé que carga una campesina en el departamento de Nariño, hasta el NASA YUWE de un guardia indígena del Cauca, el SIOVAIN del taita de la selva del Putumayo, el AFRO del río, y entonces este reconocimiento se vuelve montaña, selva, río, se vuelve Colombia.

Mi gratitud profunda por la generosidad y el aprecio de mis compañeros de trabajo del Llamamiento de Ginebra, de quienes he aprendido mucho y en quienes he encontrado respaldo y confianza, particularmente a su presidenta la señora Elisabeth Decrey, y a quien fue por algunos años el director de programa para Colombia, el señor Mendo Balci, a mis colegas Anki y Carla, a todo el equipo del Llamamiento que acompaña otros países, y a los que desde Ginebra nos apoyan con las tareas administrativas, gracias a todos por valorar mi trabajo y creer en mí.

Gracias al Canton de Ginebra, por abrir sus puertas y acogerme hoy, en esta simbólica y bella sala Alabama.

Gracias a mi familia, a mi esposo Carlos Alberto, a mi hija Itza Mariana, a mi madre mujer solidaria y cómplice que están en Colombia y mi hijo Andres Santiago quien está hoy aquí y quien desde pequeño ha caminado conmigo acompañándome en muchas de mis labores.

Este reconocimiento que RESALTA la dignidad y la vida como principios fundamentales y siempre prioritarios, son los que han animado mi trabajo, desde los tiempos en que como estudiante - siendo muy joven- subía las montañas Bogotanas para trabajar con los sectores de población en condiciones de mayor vulnerabilidad, hasta hoy, que me aferro a la idea de que la guerra, no se ensañe contra los mismos de siempre, y ojalá contra nadie. Ha sido en mi ejercicio personal y terapéutico de escuchar personas víctimas, es decir mujeres y hombres, niños y niñas, que fui evidenciando ese terrible dolor vivido por tantas y tantos, dolor que en la mayoría de los casos se hubiera podido evitar. No todo se vale en la guerra y eso lo deben saber los combatientes y sus mandos deben hacerlo cumplir.

Estoy hoy aquí y ahora, recibiendo el premio Terreno Henry Dunant 2015, que reconoce a organizaciones o personas que a través de su trabajo hacen vivo el pensamiento y la acción comprometida y solidaria del señor Henry Dunant, y que se refleja en la protección de la vida, el respeto a la dignidad humana y la solidaridad como principios universales que deben guiar a la humanidad. Y aunque fuertes, estos principios se quiebran ante la intransigencia de la guerra, así como cuando el señor Dunant, atravesando los campos de Solferino, fue testigo del dolor de la guerra, la misma que hoy, muchos años después, sigue siendo una mueca triste que ha demostrado no generar más que dolor. Y eso lo sabemos muy bien los colombianos y las colombianas y los más de 6 millones de víctimas civiles y otro tanto de víctimas combatientes que a lo largo de estas decenas ha dejado la confrontación armada en Colombia.

Colombia, país ubicado en el continente de la esperanza, país con mucha riqueza, dos mares, cientos de ríos, una enorme biodiversidad, pero con una guerra interna que nos ha desangrado por más de 50 años, Colombia que desafortunadamente se destaca a nivel internacional por ocupar deshonrosos

primeros puestos por graves violaciones a los derechos humanos, entre esas, los casi 6 millones de víctimas del desplazamiento forzoso, las más de 90 mil personas desaparecidas o las 4258 víctimas civiles de minas antipersonal. Pero hoy y seguramente como producto del trabajo de tantos y tantas como yo, desde un trabajo discreto y constante, se producen gestos significativos para la protección de la población civil en el marco del proceso de paz que están adelantando el gobierno Colombiano con la organización armada no estatal Farc – EP en la Habana – Cuba. El aumento de la edad de reclutamiento, la facilitación del desminado humanitario, el tema de género y la participación de las mujeres en el proceso de paz, el reconocimiento a las víctimas, son acciones que disminuyen el impacto negativo de la guerra sobre los civiles. Pero estos gestos deben continuar, Se debe avanzar, de manera terca, y lastimosamente, sobre hechos dolorosos que ocurren diariamente

Para la población civil, que por décadas ha estado en medio de la confrontación, estos pasos, se convierten en un alivio y la esperanza que todo este esfuerzo, concluya satisfactoriamente y nos conduzca a una paz duradera. Pero estos logros no pueden ocultar que existen otros factores que han sido partícipes del deterioramiento de la situación humanitaria y que de ellos también debemos ocuparnos. Mientras todos los factores que afectan la libertad, la integridad de la población civil y de los mismos combatientes persistan, la tarea estará por cumplirse y en ese sentido es que este reconocimiento toma mayor alcance y significación para el trabajo que realizamos desde el Llamamiento de Ginebra y para Colombia, por supuesto que es un reconocimiento personal, pero lo veo como la oportunidad de hacer un llamado a la sociedad en general, al gobierno colombiano a los actores armados no estatales, para hacer a un lado intereses particulares y avanzar hacia una resolución más definitiva y pronta de este conflicto armado, es perentorio un cese bilateral de las hostilidades, como un gesto mínimo de respeto y consideración hacia un pueblo que ha sido víctima de todas las atrocidades de la guerra.

Por ahora, como mujer, como ciudadana, como defensora de derechos humanos, como ganadora del Premio Henry Dunant, desde este histórico lugar e hincando mi ánimo en esta posibilidad de ser escuchada, invito a que quienes no hacemos la guerra, hagamos la no guerra. A quienes tenemos la esperanza

de la paz, a que ayudemos a hacerla desde cada uno de nuestros lugares, desde nuestras casas y desde los nuestros, y dirijamos nuestras acciones hacia lugares cada vez más amplios, para que alguna vez estas ansias de felicidad, de justicia y dignidad total, en un momento sean tan grandes que se junten y se vuelvan una voz armónica y polifónica, contundente y veraz que acabe con todo intento de matar la vida en primavera.